X

Al dia siguiente, con sorpresa y satisfaccion intensas, la poblacion de Neuville se enteró de que la querella entre Carvajan y Clairefont adquiria otro aspecto, gracias á la ruptura de relaciones entre el alcalde y su hijo. Habian visto á Fleury, á Tondeur y Dumontier acudir presurosos á la casa de la calle del Mercado y salir poco despues gesticulando y discutiendo. Por otra parte, Pascual se instaló provisionalmente en casa de Molejean, que se decidió á quemar las naves, declarándose franco partidario de la familia del marqués.

¡Qué ventaja para los habitantes del pueblo, aburridos de su vida monótona, á quienes las circunstancias ofrecian emociones y medios de alimentar la murmuracion, que era su entretenimiento!

Las malas lenguas estaban de enhorabuena, y sus comentarios adquirian proporciones á un tiempo risibles y espantosas.

Los Dumontiers contaron á la familia Leglorieux que Pascual, perdidamente enamorado de la señorita de Clairefont, se habia atrevido á hacer frente á su

padre, y esta confidencia, embellecida por ciertos detalles de la invencion de la familia de Felicia, tomó todos los caractéres de una calumnia.

Aseguraban que Antonieta y Pascual habian sido sorprendidos por el banquero, que arrojó ignominiosamente de su casa á la jóven sin pudor, y estuvo en poco que no estrangulase á su hijo, ciego de indignacion. ¿Quién habia de pensar semejantes excesos, tratándose de un muchacho que parecia tan formal? ¡Ah! La desmoralizacion lo invadia todo. En otros tiempos no sucedian aquellas cosas. Pero el castigo iba á ser ejemplar, y las intrigas de los Clairefonts para fomentar la discordia entre el alcalde y su hijo, les costarian bien caras; porque si hasta entonces les trató con ciertas consideraciones, estaba dispuesto á no guardarles más en adelante. Sabia alguna cosa que iba á decidir el asunto de Roberto, y se proponia no callarla; era cierto que, por lo menos, le condenarían á trabajos forzados á perpetuidad, ya á que muerte no lo hicieran los jueces, en extremo débiles. Y el mismo dia que se firmara la sentencia, el castillo, vendido en pública subasta, seria adjudicado á Carvajan.

En otras esferas se opinaba de distinto modo, favorable á Pascual, aunque tambien estaba lleno de inexactitudes el relato que se hacia.

—¡Ah! El alcalde iba á verse en un apuro por haber prestado al cincuenta por ciento, valiéndose de testaferros, sin más objeto que hundir al inocente marqués. Ademas, ya se sabia quién era el verdadero asesino de Rosa Chassevent. Carvajan le facilitó medios para huir al extranjero, y, sustrayéndole á la accion de la justicia, hacer más segura la condena del infeliz Roberto, que era tan inocente como un niño recien nacido. Pascual lo habia descubierto todo, é in-

dignado, intentó hacer transigir á su padre, y le mencionó al verdadero culpable; pero Carvajan resistió, y entonces su hijo se fué, declarando que iba á defender al reo en la Audiencia y á impedir la venta del patrimonio de Clairefont.

En dos dias perdió Neuville su habitual fisonomía: ya no era aquella pequeña ciudad, tranquila y adormecida, cuyos habitantes mataban el tiempo con sus diversiones fastidiosas y sus pequeños negocios, sin lograr en absoluto ahuyentar el tédio. Las calles, ordinariamente desiertas desde por la mañana, se llenaban de curiosos que discurrian por ellas, adquiriendo noticias de casa en casa, y discutiendo, ya en pro, ya en contra del marqués y su familia. Los más ancianos no recordaban haber presenciado otro espectáculo como aquél.

Las mujeres, en su mayoria, eran partidarias de este último. Pascual habia reunido en si las simpatías de todos los corazones sensibles. Estaba enamorado; ¿cómo podia no interesarles? Los hombres, por el contrario, conocedores por experiencia del poderío de Carvajan, auguraban mal para Clairefont.

—No se resiste tan fácilmente al alcalde (decian en voz baja). Cuando sus intereses están de por medio, es capaz de todo, y esta vez tiene interesado además el amor propio. Pascual es un buen muchacho, tiene mucho talento, pero no logrará su objeto. ¿Quién le mete en semejante atolladero, por defender á personas que nada le importan, porque fuego de amor es como fuego de paja? Un viaje de seis meses le hubiese hecho olvidar á la bella Antonieta, y no tenia necesidad de reñir para siempre con su padre.

Los ociosos rondaban los alrededores de la casa de la calle del Mercado, ávidos por enterarse de nuevos detalles; pero la triste vivienda permanecia silenciosa. La puerta estaba siempre cerrada, y Carvajan no se dejaba ver.

Jamás corazon humano sufrió mayores torturas. Desde la partida de su hijo, el tirano de Neuville no descansaba; paseándose furioso por su estancia, se entregaba á los mayores transportes de cólera. Molejean le hizo saber que habia recibido por su cuenta la cantidad total que le debia el marqués, y aquel golpe aumentó las sombras de su alma.

Así tan sencillamente concluia desmoronándose una obra que representaba treinta años de constante zozobra. El escribiente que llevó la carta del notario tuvo que huir, asustado por la explosion de rábia que, desbordándose en los labios del antiguo dependiente de Gatelier, como el fango se desborda en los arroyos, estalló con frases groseras, capaces de espantar á cualquiera. La criada, al oir aquel estruendo en el gabinete de su amo, acudió presurosa, pensando que algo malo le sucedia. Se atrevió á asomarse por la puerta entreabierta, y vió al alcalde lívido, echando espumarajo por la boca, que golpeaba furioso los muebles, dirigiéndoles insultos como si fueran séres animados: al notar su presencia se le habia abalanzado, gritando.

—¿Te atreves á espiarme, animal? ¡Sal de aquí, ó te retuerzo el cuello!

Ella, toda temblorosa, fué á refugiarse en la cocina, y por la tarde les contó la escena á los vecinos.

—¡María Santísima, qué hombre! ¡Si parecia loco! Rechinaba los dientes, y me dió tanto miedo, que no sé como tuve fuerzas para correr. No quisiera encontrarme en la piel de sus enemigos.

No obstante este pronóstico, la paz reinaba en Clai-

refont, siquiera de un modo relativo. El marqués mejoraba, y, llena de esperanza por lo que Pascual le habia dicho, Antonieta estaba casi tranquila. Francamente le contó á Croix-Mesnil el paso que habia dado, y éste sintió honda pena al ver intervenir á Pascual en aquellos asuntos; porque, con esa intuicion propia de los enamorados, presentia un misterioso peligro.

¿Qué otra razon más que la belleza de la jóven pudo convertir en aliado al antiguo enemigo? Secreta amargura envenenó la alegría que de otro modo hubiera sentido el baron; pero tuvo el valor de disimular, y su corazon generoso abrigó el deseo de ver triunfar á sus amigos, ahogando los celos que sentia.

Finalmente: la señorita de Saint-Meurice, atraida por la inquietud que le causó la enfermedad de su cuñado, abandonó á Rouen más delgada por los sufrimientos, pero más iracunda que nunca. Molejean fué á buscarla á la estacion en su cabriolet; por el camino tuvo tiempo de hablar con ella, y cuando la tia Isabel vió en los pilares de la verja los anuncios que fijó Papillon, se bajó del coche, y arrancándolos, se los llevó.

Ya en el castillo, agitándolos delante de Antonieta y Croix Mesnil, dijo con aire de triunfo:

—Ya tengo aquí papel para hacerme los *papillotes*.

Preciso fué calmarla. La excitacion del viaje, el placer de volver á verse en Clairefont, y los antecedentes que le proporcionó Molejean sobre los últimos acontecimientos, la tenian fuera de quicio. Se la demostró que no por ser mejor, era del todo buena la situacion por que atravesaban; entonces el recuerdo de Roberto la dominó de nuevo, y volvió á caer en profunda tristeza.

Habló de Roberto, á quien no pudo llegar á ver; describió la horrible prision en que estaba encerrado, y acabó por llorar. Para que se tranquilizara, fué menester que el notario le asegurase que muy en breve tendria noticias ciertas por Pascual Carvajan; porque, tan pronto como la causa hubiera de verse en la *Cour d' assises*, el defensor podria comunicarse con su cliente, y hasta ella misma tendria el consuelo de verle de cuando en cuando. Habia que esperar algun tiempo; pero con la esperanza de obtener un resultado satisfactorio, por fuerza habia de aparecer menos largo. Además, el nombre de Carvajan, por sí solo, valia más que el de cualquier abogado de Paris.

El talento y la elocuencia de Pascual no requerian alabanzas para recomendarse á todo el mundo; bastaba recordar los triunfos que obtuvo cuando era un principiante, y claro es que, avezado al trabajo, fortificado por la edad é impulsado por el entusiasmo que manifestaba en la defensa de Roberto, seria un temible adversario del fiscal, cuya derrota era casi segura.

—Siempre pensé que el tal Pascual era un buen muchacho (dijo la señorita de Saint-Meurice con su hombruno acento). ¡Ah! Lo que es como me devuelva á mi querido Roberto..., que me pida lo que quiera, seguro de que no se lo negaré.

El señor de Croix-Mesnil sonrió, y en tono de broma, exclamó:

—No lo asegure Vd. mucho, porque nadie sabe hasta dónde puede impulsarle su ambicion.

—Nunca seria demasiada, despues de tan gran servicio (repuso con exaltacion la tia Isabel). El honor y la libertad de un Clairefont, vale mucho más que todo lo que poseemos. ¿Verdad, Antonieta?

—Sí, tia,—replicó friamente la jóven.

Y poniéndose en pié para cortar aquel diálogo,

atrajo á Molejean hacia la terraza, y le interrogó sobre los medios de que se habia valido para contrarrestar los proyectos de Carvajan.

El notario la dijo que habia encontrado un prestamista en condiciones muy ventajosas. Los negocios industriales y el comercio estaban paralizados, y los capitalistas buscaban ávidos, medio de colocar sus capitales en buenas condiciones. Éste se habia contentado con la garantía hipotecaria y un interés de cinco por ciento anual; por lo tanto, no habia ya que apurarse. Tan luego como el proceso de Roberto terminara, se comenzaria la explotacion del Gran Margal, poniendo al frente un ingeniero, y si el marqués queria ser prudente, en pocos años quedaria extinguida la deuda. Para esto era preciso que renunciase al empeño de ser inventor, contentándose con ser un buen padre de familia.

Antonieta escuchó á Molejean con profunda emocion; le apretó la mano con cariño, y de sus ojos brotó un torrente de lágrimas.

—No sé como expresarle á Vd. mi gratitud. Le somos deudores de todo lo bueno que nos sucede, porque con su fiel amistad fué el primero que se atrevió á entablar la lucha contra nuestro cruel enemigo. Por medio de ella hemos logrado el providencial auxilio de Pascual, y, gracias á ella tambien, la tremenda crísis financiera por que atravesábamos se ha resuelto favorablemente. ¡Toda la vida conservaré la más profunda gratitud, y rogaré á Dios para que le colme de bienes!...

Los ojos de Molejean se llenaron de lágrimas, que empañaban los gruesos cristales de sus gafas, y balbuceó:

—Señorita... . Nada tienen Vds. que agradecerme...., porque yo he hecho bien poca cosa ... Otro merece esa gratitud.... No yo, que solo intervine con mis buenos propósitos.

Creyó haber dicho demasiado; lanzó una investigadora mirada á la jóven, y se calló.

—En cuanto á mi padre (prosiguió Antonieta), creo que, por desgracia, no podrá volver á sus habituales monomanías. El equilibrio de su espíritu parece haberse destruido con tantas emociones, y aunque recobra las fuerzas, y habla, y oye, y se acuerda, ni tiene energía, ni voluntad. Es un niño sonriente y dulce. .. El doctor Margueron asegura que puede vivir así muchos años...

Antonieta trazaba, distraida, líneas y figuras sobre la arena con la contera de la sombrilla. Hubiese querido hablar de Pascual, y conocer á fondo lo que habia sucedido en la casa de la calle del Mercado luego que ella se fué. Estaba inquieta, turbada, y, por vez primera en su vida, no tenia la conciencia tranquila. ¿No habia encendido la guerra entre un padre y un hijo? ¿No fué aprovechando su influjo sobre Pascual como consiguió atraérsele incondicionalmente? En el fondo de su alma, una secreta voz le decia: «¿Qué te importa? ¡Pobre cordera, deja devorarse á esos dos lobos; son de la misma raza; tienen la propia sangre!

Esa lucha que á los dos les aniquila, ¿no es en justo castigo de lo que por su causa sufris y habeis sufrido?...»

Pero Antonieta sabia muy bien que Pascual no era un enemigo; era, sí, su esclavo; le pertenecia en alma y cuerpo, y por obedecerla, por serle agradable tan sólo, se aprestó al combate, abandonando el campo neutral en donde vivia. Era, pues, la responsable de cuanto pasara, y le alcanzaria la total responsabilidad

de lo que al noble jóven pudiera sucederle en perjuicio de sus intereses.

Por este tácito compromiso se consideraba ligada á Pascual, y su amor propio se revolvia contra la suerte que así lo dispuso.

—Mi padre indicó ya el deseo de conocer á M. Pascual. ¿Cuándo vendrá, amigo Molejean?...,—se decidió á preguntar por fin.

—No puedo contestarle á Vd., señorita. Es el hombre más raro que imaginarse puede. Es de lo más retraido que Vd. ha visto. Mi mujer aún no consiguió que nos acompañe á la mesa. Teme ser importuno, y desea estar siempre solo. Ó mucho me engaño, ó no le verán Vds. mientras no sea indispensable que se les presente.

Antonieta respiró; temió una invasion y viendo que sucedia todo lo contrario, se alegró de aquella manera de proceder, y se consideró más libre.

Encerrado en el cuarto que Molejean puso á su disposición, el jóven hacia dos dias que era víctima del más profundo abatimiento. Sentia cansancio de la vida; las infamias que acompañan á toda colectividad de hombres le causaban asco, y huia de ellos. Presa de aquella especie de misantropía, pasaba las horas tendido en un sofá, fumando y haciendo las más dolorosas reflexiones, en medio de la semioscuridad de la estancia, cuyas persianas tenia echadas dia y noche. ¿Habia nacido acaso con un sino que debia causarle siempre dolores sin cuento? Su pasado se le ofrecia en la memoria lleno de dolorosos recuerdos; en el presente, la suerte le condenaba á bien duras penas, y el futuro, vacío de esperanzas no era más seductor que su ayer y su hoy. ¿Para qué vivia? Execrado y maldito por su padre; colocado por la mujer amada á la altura de un mercenario á quien se despide cuando ya no se le necesita, ¿no fuera cien veces mejor desaparecer y borrar de esta suerte todos los males? ¿Qué comparacion cabia entre las angustias de la muerte y su amargo vivir? ¡Cuánto más cruel era esto que aquello! Despues de pasado el breve espacio de sufrimiento que conduce desde la vida á la muerte, la calma del sepulcro, el sueño eterno se le ofrecian sonrientes, embellecidos por una especie de ensueño en que la imágen de Antonieta era el encanto principal. Entonces, extinguidos ya todos los odios, en sus lábios brillaria la sonrisa siempre. Su alma acariciaria la de la jóven, haciéndole comprender cuánto y cuán desinteresadamente la adoró desde que la vió en aquel camino umbroso y fresco, el dia de su primer encuentro. Y al fin y al cabo, convencida de su ternura, le aceptaria por eterno compañero. Y pensando así, el infeliz se lamentaba, vertia acerbo llanto, se recriminaba su cobarde debilidad de espíritu, y para reanimarse, bastábale reconocerse á propósito para evitar pesadumbres á la querida jóven que confiaba en él para ponerse al abrigo de crueles venganzas que la amenazaban.

Era menester realizar el propósito que tenia; era indispensable cumplir la palabra empeñada, y despues, dejando una huella indeleble de su amor, desaparecer; huir, ó morir...

Encontró fuerzas en su propia pena; sacudió la inercia que el dolor le imponia, y comenzó su tarea de averiguar los hechos tales como eran, ocultándose en el misterio para no comprometer el éxito de sus pesquisas.

Desde los primeros pasos se tropezó con los emisarios de Carvajan, que buscaban pruebas del crimen en los mismos lugares en donde él queria encontrar las

de la inculpabilidad. La lucha entre el defensor y los confederados era, pues, inevitable, y unos y otros tomaban sus precauciones, trazaban sus planes para el ataque, y preparaban el terreno para la batalla.

Ante la perspectiva de tener que combatir, el espíritu enérgico de Pascual se reanimó, y al tropezar con el obstáculo, volvio á ser el hombre activo y fuerte que no sabia cómo se hace para desmayar cuando una empresa ofrece dificultades. Quien salió airoso de sus negocios habiéndoselas con los astutos americanos, estaba en condiciones de entenderse bien con los normandos, tan astutos por lo ménos como aquéllos. Pronto adquirió la certidumbre de que no se habian limitado á buscar pruebas de conviccion en contra de Roberto, sino que se manejaba el asunto de manera que viniera á recaer en donde el pobre jóven no pudiese escapar.

Varios individuos fueron presos por sospechas. Un calderero ambulante, que permaneció en Couvrechamps durante la noche del crímen, probó la coartada; Roussot, que pasó parte de la velada en compañía de Rosa, fue asímismo interrogado, pero inútilmente. Se presentó ante el juez, flaco, extenuado, con el rostro descompuesto por horribles gestos, que le daban un aspecto estúpido y grotesco á la vez. Por mas esfuerzos que se hicieron, fué imposible sacarle de su mutismo, y amenazándole, no se logró mas que hacer le exhalar agudos gritos, que más parecian de bestia salvaje que de hombre. El granjero de la Saucelle, que presenció el interrogatorio, hubo de interceder en su favor, y dió los mejores informes.

—Si se le quita el ser mudo y sordo, lo cual no es mal grande en demasía (dijo con malicia de paleto), es un excelente servidor: cuida muy bien los carneros,

y jamás va á la taberna. A Rosa la queria mucho; bien puede asegurarse eso. Era buena para él, y le pagaba su interés con una fidelidad sin límites. La seguia como un perro, y antes que consentir en que nadie la hiciera daño, se hubiese dejado hacer pedazos. Además, serian las dos de la madrugada cuando volvió á casa: mi mujer oyó abrir la puerta de la caseta, y me dijo: «Mira, ya ha vuelto Roussot...»

El idiota entonces se puso á temblar, su rostro adquirió un tinte lívido, lanzó un lastimero grito, como el aullido de un perro, y fué presa de una convulsion.

—¡Ven Vds.!... Le matarán si continúan atormentándole. Padece de alferecia, y está medio loco.....; pero es tan infeliz, que no seria capaz de hacer mal á una hormiga.....

¿Cómo obtener una declaracion de aquella criatura? Y si se lograba obtenerla, ¿que valor podia dársele? Convencido de esto, el juez le dejó en paz.

Recorriendo el lugar del crímen, Pascual encontró á Roussot en el Gran Margal, y quedó atónito al ver el cambio que en él se habia operado. Tenia los ojos mustios y la boca crispada; estaba de ordinario inmóvil, él, que era tan vivo antes, y ya no saludaba á los transeuntes con sus gritos y los chasquidos de su tralla. Pascual se le acercó sin ser notado, aunque el perro ladró, y debió prevenirle; parecia dormir despierto, como si una vision atrajera todas sus facultades, y el llanto mojaba sus mejillas. El jóven Carvajan pronunció en voz alta: «Rosa.....» El idiota se estremeció, pero no abandonó su extraño éxtasis. ¡Qué diferencia entre su pesada torpeza y el vivo ardor que le animaba el dia que Pascual le vió por vez primera!..., Entonces Roussot y Rosa jugaban, riendo, á la orilla de la balsa, y la lavandera era casi tan fuerte como el

pastor. ¡Cuán libre y despreocupado vivia entonces! Alegre, en compañía de la encantadora amazona, recorria el camino de Couvrechamps; aromoso ambiente ensanchaba su pecho; los árboles umbrosos le recreaban la vista: la tierra cedia muellemente debajo de sus piés; era uno de esos momentos en que el cuerpo vive en una atmósfera más pura y el espíritu se dilata gozoso, como una planta acariciada por el sol. Poco despues, ¡qué brusco cambio!.... Bastó que Antonieta pronunciara su nombre y él el suyo, para que el cielo perdiera á sus ojos la trasparencia, y el ambiente sus aromas, la tierra su blandura!... El jóven sintió que el corazon se le oprimia; parecíale que aquél cuadro, que remedaba otro más bello, era el resúmen de su historia, comenzada con una alegría y terminada por un amargo pesar...

Se alejó de Roussot y se encaminó á la taberna de Pourtois, como hizo el dia de su encuentro con Antonieta. La misma oscuridad reinaba en la casa de verdes persianas y tejado de rojas tejas. Fleury y Tondeur no estaban como entonces; pero Chassevent, sentado junto á una mesa, embrutecido por el alcohol, bebia aguardiente, en tanto que la señora Pourtois hacia calceta detrás del mostrador. El vagabundo no se movió; pero la mujer del tabernero palideció, y saliendo al encuentro de Pascual, le dijo con acento de hipócrita alegría:

—¡Calle!... ¡Si es el señor Carvajan! ¿Qué tal? ¿Quiere Vd. tomar algo?...

—¡Nada! Gracias. ¿Se puede ver á Pourtois?

—¿Queria Vd. hablarle? (preguntó la tabernera con desconfianza.) ¡Ah! El pobre hace una porcion de dias que está malo. Mr. Margueron dice que tiene la sangre revuelta. Está en cama..., y el médico tiene prohibido

que hable. Desde el dia de la desgacia está así. ¡Claro! Para un hombre que jamás tuvo emociones, verse obligado á conducir un cadáver... Eso le causó el mal...

Chassevent, que estaba absorto mirando al fondo de la copa de aguardiente que tenia delante, pareció reanimarse:

—¿Es verdad, señor Carvajan (preguntó con acento sombrío), que va Vd. á defender ante los jueces al asesino?

—Sí; al acusado como tal.

—¿Qué tiene Vd. contra la pobre gente para que intente Vd. hacerla daño? Ahora que mi pobrecita niña ha muerto, ¿cómo encontraré donde ganar un pedazo de pan á mis años? ¿Cómo me sostendré y me vestiré, y podré cuidarme si caigo enfermo?... ¡Ay! ¡Era tan buena!... Perdiéndola, me he quedado solo en el mundo, ya puedo decirlo... ¿Y Vd. quiere impedir que me den una cantidad, y además que le corten la cabeza al pillo en medio de la plaza pública?... ¿Es esto digno de un hombre como Vd.?

Pascual quiso aprovechar la oportunidad para ver si hacia hablar al vagabundo, y dijo con estudiada dureza:

—Si el señor de Clairefont ha cometido el crímen, se le condenará; pero yo le creo inocente, estoy seguro, y aún lo está Vd. más que yo, lo mismo que Pourtois, su compañero de aquella noche.

—¡Inocente!... (gritó Chassevent.) Que lo diga ese que está ahí dentro, y que el diablo me lleve si no le...

La señora de Pourtois le atajó la palabra á tiempo.

—Caballero, ¿ha venido Vd. aquí (le dijo con avinagrado acento) para atormentar á la gente honrada que no se mete con nadie? Mi casa es un sitio público,

es cierto, pero sólo sirve para comer y beber, y no para pronunciar palabras mal sonantes... Despues de haber salido de mala manera de casa de su padre, me parece que debia Vd. abstenerse de venir aquí á armar camorra...

La tabernera se hallaba incomodada, y su fisonomía demostraba extraordinaria maldad: sus pequeños ojos de víbora lanzaban destellos, y su boca, de labios delgados, se entreabria como para morder. Iba á proseguir, cuando se abrió la puerta de la trastienda, y apareció Fleury.

—¡Ah, señor Carvajan! (exclamó.) Queria precisamente ir á ver á Vd.

—Segun parece, la prescripcion del médico no se refiere á todo el mundo,—dijo con sorna Pascual,—dirigiéndose á Mme. Pourtois, que se habia sentado silenciosamente detrás del mostrador.

—Venga Vd.,—dijo el secretario del juzgado.

Y sin ocuparse de la tabernera ni del vagabundo salió con el jóven.

Se hallaban en el mismo sitio en que Fleury, señalando la terraza de Clairefont, habia dicho con acento de triunfo:

—¡Todo ha concluido!....

Este recuerdo le asaltó de nuevo; inclinó la cabeza preocupado, y oyó á Fleury, que le decia:

—¿No tiene remedio? ¿Somos enemigos? ¡Ah! ¡Si supiera Vd. el pesar que causa á su padre!.... Ha envejecido diez años. Se espantaria Vd. de los destrozos que en él ha hecho el sentimiento... ¡Y pensar que Vd. es el causante de todo!....

—¡Yo! (gritó Pascual, exasperado por tan imprudente hipocresía.) ¡Se atreve Vd. á acusarme!

Respiró con fuerza, como para calmar los violentos latidos de su corazon, y despues, con acento vibrante, prosiguió:

—¿Cree Vd. que se han borrado de mi mente sus confidencias? Se figura que tengo el alma de acero, cuando se ha atrevido á suponerlo. Si, Vd., con un cinismo increible, me descubrió sus proyectos, me hizo tocar todos los resortes de la infame trampa; ¡y porque permanecia mudo, ha creido Vd. que aprobaba tan viles planes, y que quizás les ayudaria á ejecutarlos! La verdad es que no hubiera sido muy halagüeño para mí. Esa admirable empresa iba dirigida contra la fortuna de un pobre hombre, incapaz de defenderse... ¡Se trataba de desesperarle, de robarle, esta es la palabra! Y se hacia para ello todo genéro de picardías, tales como préstamos por medio de testaferros, pagarés renovados acumulando los intereses; se apelaba, en fin, á todos los medios ilegales de la banca... Y yo presenciaba estas indignidades, preguntándome la manera de impedir que continuaran. Me callaba, presa de invencible repugnancia, entre el horror que me inspiraban semejantes villanías, y la vergüenza de tener que rechazarlas. ¡Lo que yo he sufrido, Vd. no puede comprenderlo! He derramado las lágrimas más amargas que brotar puedan de humanos ojos. He querido huir, desaparecer, poner de por medio inmensas distancias entre mí y esa iniquidad. Iba á marcharme.... ¡A fuerza de infamias me han obligado Vds. á quedarme! La fortuna no bastaba ya; se queria tambien la honra de estos infelices. Para esto se tendió un vergonzoso lazo al pobre jóven, que nada malo hizo, y se le acusó, entregándole á los tribunales. Y yo, que he sido testigo de estas maniobras, no he tenido más remedio que confesarme á mí mismo, que si le abandonaba me hacia cómplice de Vds. Mi conciencia se ha

rebelado, y, harto de tanta ignominia, me veo en el duro caso de luchar con el que me dió el ser.,. ¡Sí! Carvajan *contra* Carvajan, segun dicen en el Palacio de Justicia.

Fleury dejó pasar este flujo de palabras ardientes, y le dijo con acento burlon:

—He sido un necio. Hubiera debido callar... Pero, ¿qué apostamos á que si la señorita Antonieta no fuera tan bonita, estaria Vd. menos irascible?

Pascual palideció. Cogió al secretario del juzgado por el brazo, y le dió una violenta sacudida.

—Le prohibo á Vd. pronunciar delante de mí el nombre de la señorita de Clairefont... El primer uso que haga de la independencia que he conquistado, será castigar á los bribones como Vd., que se permiten familiaridades que no admito. Conque, ya lo sabe Vd., y adviértaselo á sus compañeros...

—¡Vamos! ¡vamos! No enfadarse (contestó con fingida dulzura Fleury): soy un hombre pacífico... No tenia intencion de molestar á Vd. Mi afan ha sido siempre conciliar, y eso me prometo... ¿Piensa Vd. dejar á su padre solo con su afliccion, sin tratar de consolarle? Sin duda ha sido algo severo; pero Vd. tambien le exasperó, y... ¿No se podria llegar á un arreglo?

Pascual hizo un esfuerzo para calmarse; quiso saber qué nueva infamia iban á proponerle, y replicó, fingiendo calma:

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?

Fleury se rascó furiosamente la cabeza, adornada, de cabellos crespos.

—Vd. es el amo de la situacion. Es menester, pues ser indulgente .. ¡Cédanos Vd. el Gran Margal!

—¡Devuelvan Vds. la libertad á Roberto de Clairefont!

—Vd. no desconoce que por ahora es imposible...

—¡Sí!... ¡Es más fácil causar el daño que repararlo!

—¿Consentiria Vd. en volver á ver al señor Carvajan?

—¿Para qué?

—Podrian Vds. llegar á un acuerdo.

—Nunca, sobre las bases que Vd. propone.

—¿Dará Vd., pues, el tristísimo espectáculo de un hijo luchando contra su padre?

—Impidiéndole cometer excesos que repruebo, atiendo á los intereses de su honra, defendiéndola contra él mismo.

—¿Esta es su última palabra?

—Hablé todo lo necesario ya; ahora no me resta por hacer más que seguir adelante.

—¡Tenga Vd. cuidado!

—¡Oh! No ignoro lo que puedo esperar de vuestra concupiscencia. No retrocederán Vds. ante ningun medio. No vacilarán Vds. en calumniarme, en corromper lo que se preste á ello, sea lo que fuere. La verdad, sin embargo, resplandecerá. Yo, por mi parte, no me descuidaré para que así suceda.

Fleury hizo un gesto de rábia, y despues, volviéndose hácia Pascual, le dijo:

—¿La paz ó la guerra? Por última vez le ofrezco la mano de amigo...

Pascual miró con supremo desprecio al secretario, y, encogiendo los hombros, contestó:

—Lo que Vds. quieran. ¡No puedo ofrecer nada!

Y sin añadir una palabra más, sin volver una sola vez el rostro, continuó su camino.

Sin embargo, las amenazas de Fleury no eran infundadas. Se trabajaba á los testigos con descarada audacia. Los Tubœuf, de Couvrechamps, habian reci-